

Giacomo Leopardi

El desierto,
la retama y el volcán:
Antología

Edición, traducción, introducción y notas
de Cristina Coriasso Martín-Posadillo



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada
Fotografía de Javier Ayuso

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Revisión de textos por Alessandro Ryker

© de la edición, traducción, introducción y notas: Cristina Coriasso

Martín-Posadillo, 2025

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2025

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

www.alianzaeditorial.es

ISBN: 978-84-1148-842-6

Depósito legal: M. 22.950-2024

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 9 Introducción, por Cristina Coriasso
- 17 1. Teoría del placer: lo infinito, la nada, el tedio, el recuerdo
- 17 De *Zibaldone*
- 53 Historia del género humano
- 72 El infinito
- 73 A la luna
- 74 2. Naturaleza y razón
- 74 De *Zibaldone*
- 126 Diálogo de la naturaleza y de un islandés
- 135 A la primavera o de las fábulas antiguas
- 140 3. Naturaleza y arte
- 140 De *Zibaldone*
- 169 Parini o de la gloria
- 208 A su amada
- 211 4. Poesía y filosofía
- 211 De *Zibaldone*
- 218 Cántico del gallo silvestre
- 224 Fragmento apócrifo de Estratón de Lámpsaco
- 230 Canto nocturno de un pastor errante de Asia
- 236 5. Ilusiones y realidad
- 236 De *Zibaldone*

Índice

250	Diálogo de Torcuato Tasso con su genio familiar
260	El pensamiento dominante
266	6. El desierto, la retama y el volcán
266	De <i>Zibaldone</i>
271	Fragmento del suicidio
273	La apuesta de Prometeo
286	Diálogo de Tristán con un amigo
298	La retama o la flor del desierto
311	Cronología
339	Bibliografía

Introducción

En el siglo XIX hay dos grandes acontecimientos literarios que marcan un hito en la historia de las letras italianas: uno de ellos es la publicación de *Los novios*, de Alessandro Manzoni, que, en sus diferentes versiones (1827-1840), crea un lenguaje y un universo nuevos para la novela. El segundo es la publicación de *Cantos* de Giacomo Leopardi (1831), que le coronan, después de Dante y Petrarca, como el más grande poeta italiano y como uno de los más importantes de la literatura universal. La grandeza de su poesía se debe a su exacerbada sensibilidad, así como al hecho de que se trata de una poesía filosófica, que se nutre de un dominio filológico y de un conocimiento enciclopédico, de los que dan cuenta también sus otras dos grandes obras, el diario *Zibaldone* y los *Opúsculos morales*, también presentes en esta antología.

Se puede decir que la obra de Leopardi es fruto de un entorno geográfico y familiar muy concretos, a saber, su

ciudad natal, Recanati, en la región de las Marcas, que en tiempos del poeta pertenecía a los Estados Pontificios. Los paisajes de su tierra, junto con las muchas lecturas y vivencias de su juventud, constituyen los materiales imaginarios que impregnan sus textos y que, a lo largo de su breve vida (1798-1837), Leopardi lleva consigo a todas las ciudades donde reside: Roma, Florencia, Bolonia, Pisa, hasta la Nápoles de sus últimos años.

La mayor parte de su niñez y juventud, Leopardi la pasa en la portentosa biblioteca del palacio familiar, que su padre, el conde Monaldo, ha reunido. Giacomo es el primogénito de cuatro hermanos y su familia es la más importante de la ciudad. Desde niño es guiado celosamente por dos preceptores, por su padre —amoroso pero exigente, que querría hacer de él un doctor de la Iglesia— y por la mirada fría de su madre, Adelaide, mujer severísima, religiosamente austera e incapaz de efusiones maternas.

Ya desde niño, Giacomo revela una viva imaginación y una gran sensibilidad, unidas a una inteligencia y memoria asombrosas. Por desgracia, al llegar la edad del desarrollo, se desata en su organismo una tuberculosis ósea, que desemboca, entre otros síntomas, en una grave malformación de la espalda. Así, en el momento mismo del nacimiento de las esperanzas propias de la adolescencia, el joven poeta se ve arrebatado de toda posibilidad de felicidad sentimental y vital, lo cual va a teñir de un tono melancólico toda su poesía.

Esta imposibilidad de consecución del deseo —que la enfermedad y las circunstancias de su vida hacen más patente pero que bien puede extenderse a todo el género humano— Leopardi la plasma a través de su «teoría del placer», de la

que en esta antología proponemos diversos fragmentos, y que está presente como un marco de pensamiento en toda su obra. Según esta teoría, el hombre manifiesta una inclinación a lo infinito puesto que tiene un deseo insaciable. Las cosas, por tanto, se le revelan una y otra vez como insuficientes en cuanto descubre su limitación real, ya que todas ellas son limitadas. Para Leopardi, la principal manera de superar esta carencia es la imaginación, que dilata el deseo y hace que la mente yerre, de anhelo en anhelo, en una impresión indefinida que sustituye de algún modo a lo infinito. Este, sin embargo, no existe en la naturaleza, y el dominio de la razón va en detrimento de la imaginación de lo infinito, único simulacro de felicidad posible. El deseo de infinito, que los escritores católicos y una gran parte de los románticos conciben como signo del destino espiritual del hombre, para Leopardi no demuestra nada, sino que es sencillamente un deseo material que el hombre comparte con los animales.

Según Leopardi, este proceso de racionalización que mina la imaginación puede ser visto desde dos diferentes dimensiones —ambas omnipresentes y a veces simultáneas en su obra—, a saber: la dimensión personal, referente a la vida de cada persona, que en la infancia y juventud persigue la apariencia de infinito y en la madurez tiende a hacerse racionalista y realista; y la dimensión histórica, que establece una línea divisoria fundamental entre civilizaciones antiguas y modernas. Así, los antiguos (y los hombres primitivos, los niños, los jóvenes, los tontos, los inocentes, etc.) eran capaces de imaginar los grandes valores de la humanidad (la verdad, el bien, la gloria, el amor) como cosas sólidas y reales, y sus ilusiones tenían una fuerza vital que mos-

traba una eficacia y efectividad en la vida real. Algo, sin embargo, casi imposible en la modernidad, ya que las sucesivas revoluciones científicas, más que colocar al hombre en una situación de mayor conocimiento, destruyen los sistemas del pasado y le empujan hacia un escepticismo razonado, no dando ya ningún pábulo a la imaginación.

También en lo que se refiere a la superioridad del hombre sobre el resto de las especies y sobre la naturaleza, las ideas de Leopardi son del todo revolucionarias. Siguiendo a Jenófanes de Colofón, nuestro autor tiene muy en cuenta la tendencia del hombre a concebir un dios a imagen y semejanza de la especie humana, lo cual hace que el hombre se crea medida de todas las cosas y considere al resto de la naturaleza como un mero instrumento para sus fines y necesidades. Leopardi afronta, además, el estado moderno de muchas ciencias naturales, empezando por la astronomía, en la que se demuestra que el hombre y toda su historia son una nada dentro de un insignificante globo errante en espacios inmensos imposibles de imaginar...

Los temas que Leopardi aborda en su obra (filológicos, poéticos, traductológicos, filosóficos, científicos, teológicos, etc.) son innumerables. Por ello, con el fin de facilitar una inmersión en la complejidad de este autor tan importante para la cultura europea del siglo XIX —del que se nutrirán Schopenhauer, Nietzsche y Benjamín entre otros—, hemos vertebrado esta antología a partir de sus principales líneas de pensamiento. El lector encontrará aquí, por tanto, textos de la primera etapa de su diario *Zibaldone*, un auténtico ejercicio de «escritura en movimiento»; una selección poética de sus *Cantos*, así como de sus cuentos y diálogos filosóficos conocidos como *Operette morali*.

Cada capítulo de esta antología agrupa distintos textos de las tres mencionadas obras bajo un título temático. El primero es: «Teoría del placer: lo infinito, la nada, el tedio, el recuerdo» (temas fundamentales en Leopardi, esbozados más arriba). Le siguen: «Naturaleza y razón», donde confronta el mundo antiguo con el moderno, y «Naturaleza y arte», donde plantea la misma confrontación en el terreno del arte. En «Poesía y filosofía» se aborda la relación de oposición y confluencia entre estas dos disciplinas. «Ilusiones y realidad» recorre los textos en los que Leopardi desarrolla su pensamiento paradójico; y, finalmente, «El desierto, la retama y el volcán», que reúne algunos de los textos en los que aparecen estos potentes símbolos: el desierto, como fin de todas las ilusiones; la retama, como la parte noble y sensible de la naturaleza; el volcán, como naturaleza destructora e indiferente al sufrimiento de sus criaturas.

Es evidente que, en un autor como el que nos ocupa, esta división temática no puede evitar que temas que aparecen en un capítulo aparezcan también en otros, pues en Leopardi todos ellos se dan entremezclados y, en realidad, están siempre orgánicamente entrelazados. La división que aquí se propone tan solo pretende abrir recorridos posibles en pos de facilitar al lector claves para acercarse a esta gran figura.

Por ello, si bien mantiene el rigor filológico explicitando las ediciones consultadas¹, esta edición ha llevado a cabo

1. Para *Zibaldone* hemos seguido la edición de la colección *I Meridiani*, de la editorial Mondadori (1999), con el comentario de Rolando Damiani. Para las *Operette morali* (*Opúsculos morales*) hemos consultado diversas ediciones: la de Mario Fubini (Loescher, 1979), la de Paolo Ruffilli (Garzanti, 1982) y la de Laura Melosi (BUR, 2010). Para los *Cantos* hemos consultado la edición

una operación de traducción que actualiza el lenguaje de Leopardi con el objeto de hacer más asequible el gran tesoro que el sumo poeta y filósofo italiano, como en una caja de Pandora, encierra para los lectores del mundo de hoy, sin por ello renunciar a la complejidad de su pensamiento ni a los matices y sutilezas de su estilo. Para ello, la editora y traductora ha contado con la valiosa revisión de estilo de Alessandro Ryker en todos los textos de prosa. Así, en el caso de los escritos del diario *Zibaldone* (que pertenecen a los años 1817-1820), al tratarse a menudo de ideas *in fieri* redactadas según van surgiendo, hemos querido facilitar al lector su comprensión, apostando por leves intervenciones que, sin suprimir nada, confieren agilidad y claridad a algunos pasajes, depurando la expresión final del pensamiento leopardiano. Además de las notas del editor, en los ocho *Opúsculos morales* seleccionados se han incluido las notas del propio Leopardi.

Por lo que se refiere a las traducciones poéticas, estas persiguen un acercamiento fonético y semántico al original, tratando de conservar lo «peregrino» y «vago» típicos del lenguaje poético leopardiano; tienden, además, a conservar su métrica y su rima, pero privilegiando ante todo la comprensión y la fidelidad al pensamiento del autor².

de Mario Fubini (Loescher, 1978), la de María de las Nieves Muñiz Muñiz (Cátedra, 1998), así como la de Mario Andrea Rigoni (Mondadori, 1998). Damos las gracias también al catálogo digital de los manuscritos originales, realizado por la Biblioteca Nazionale di Napoli y por la Biblioteca Nazionale Centrale di Firenze, que facilita a los estudiosos la labor para la elaboración de toda edición.

2. Aunque son innumerables las traducciones poéticas de los *Cantos* que privilegian la música y la armonía, y conscientes de que la traducción poética es un trabajo arduo y en rigor imposible, para la traducción de los textos de esta edición se ha consultado principalmente la del poeta y traductor Antonio

Se incluye en esta edición una cronología de la vida y obras del autor, así como de los hechos históricos y culturales más sobresalientes de su época. Con todo ello, esperamos ofrecer al lector un primer mapa ideal para una inmersión en una de las mentes más brillantes, profundas y portentosas del pensamiento europeo del siglo XIX: un autor fundamental para comprender el mundo actual.

Colinas; en cambio, entre las que siguen a la vez un estricto celo filológico y métrico, la más consultada ha sido sin duda la fundamental edición de María de las Nieves Muñiz Muñiz.

1. Teoría del placer: lo infinito, la nada, el tedio, el recuerdo

De Zibaldone

50-51

Qué dolor oír, en la madrugada siguiente a un día de fiesta, el canto nocturno de los pueblerinos pasando. La infinitud del pasado me venía a la mente al pensar en los romanos, caídos después de tanto estruendo, y en tantos sucesos, ahora pasados, que yo comparaba dolorosamente con aquella profunda quietud y silencio de la noche, del que me hacía darme cuenta el relieve de aquella voz o canto pueblerino.

51

La variedad es tan enemiga del tedio que incluso la propia variedad del tedio es un remedio o un alivio, como vemos

todos los días en las personas de mundo. Al contrario, la continuidad es tan amiga del tedio que incluso la continuidad de la misma variedad aburre sumamente, como en las mencionadas personas, y en cualquiera, y, por poner un ejemplo, en los viajeros acostumbrados a cambiar siempre de lugar, de objetos, de compañeros, a la continua novedad, los cuales, pasado un tiempo, sin duda empiezan a desear una vida uniforme, precisamente para variar por medio de la uniformidad después de la continua variedad. (Véase Montesquieu, *Essai sur le Goût. De la variété*).

57

El principio universal de los vicios humanos es el amor propio en tanto que se dirige al propio ser, a las propias virtudes; el propio amor por cuanto se repliega sobre lo ajeno, sobre los demás, sobre la virtud, sobre Dios, etc.

57-58

De príncipes que se hayan matado para evitar una gran desventura o por no poder soportar una ya sobrevenida, como de Cleopatra o Mitrídates, se lee más bien solo entre los antiguos. Pero de aquellos que se han matado por las otras razones que provocan hoy el suicidio, como la melancolía o el amor, que yo sepa no se lee en ninguna historia. Sin embargo, el descontento de la vida, el tedio y la desesperación deberían ser, en estos últimos, mayores que en los primeros, puesto que los antiguos pueden suponer, si no con la

razón (la cual está bien persuadida de lo contrario), al menos con la imaginación (que no se persuade nunca), que exista un estado mejor que el suyo, mientras que los modernos, ya en el ápice de la felicidad humana, al descubrirla vana (es más, miserabilísima), ya no pueden recurrir ni siquiera con el pensamiento a ningún lugar, al haber llegado, por así decir, al final y al muro; y por tanto deberían ver esta vida como una habitación verdaderamente horrible y desesperante en todas sus partes, si sus deseos no pueden dirigirse a grados y condiciones inferiores, es decir, a aquellos miserables incrementos de felicidad que un príncipe puede soñar, como conquistas, etc.

70-71

No hay quizá cosa que conduzca al suicidio tanto como el desprecio por uno mismo. Ejemplo de ello es el de aquel amigo mío¹ que fue a Roma decidido a tirarse al Tíber porque le decían que no era nadie. Ejemplo yo mismo, inclinado a exponerme a cuantos más peligros mejor, e incluso a matarme, la primera vez que me desprecié a mí mismo. Efecto del amor propio, que prefiere la muerte al conocimiento de la propia nulidad, etc.; de lo cual se deduce que cuanto más egoísta sea uno, con mayor fuerza y constancia se verá empujado a matarse. De hecho, el amor a la vida es el amor del bien propio; ahora bien, no pareciendo esta ya un bien, etc.

1. Probablemente, Pietro Giordani, amigo de Leopardi, que le visita en 1818, haciéndole esta confidencia (*N. de la T.*).

72

Incluso el dolor que nace del tedio y del sentimiento de la vanidad de las cosas es más tolerable que el propio tedio.

Todo es nada en el mundo, incluida mi desesperación, de la cual todo hombre, igualmente sabio, pero más tranquilo —y yo mismo ciertamente—, en una hora más quieta, conocerá la vanidad, la sinrazón y lo imaginario. Mísero de mí, es vano, es una nada también este dolor mío, que un día pasará y se anulará, dejándome en un vacío universal y en una indolencia terrible que me hará incapaz incluso de sufrir.

73

La razón por la cual el bien inesperado y casual nos es más grato que el esperado es que este es sometido a una comparación con el bien imaginado antes, y porque el bien imaginado es cien veces mayor que el real, por lo cual es necesario que se desfigure y parezca una nimiedad; al contrario del inesperado, que no pierde nada, cualquiera que sea su valor real, debido a la fuerza de la comparación demasiado desigual.

75

El sentimiento que se prueba ante la vista de un campo o de cualquier otra cosa que nos inspire ideas y pensamientos vagos e indefinidos, aunque muy placentero, es sin embargo como un placer que no se puede aferrar, y puede com-

pararse al de alguien que corre detrás de una mariposa bella y colorida sin poderla alcanzar, por lo que siempre deja en el alma un gran deseo: pese a todo, este es el culmen de nuestros placeres, y todo aquello que es determinado y cierto está mucho más lejos de saciarnos que aquello que, por su incerteza, no puede saciarnos jamás.

76

La suma felicidad posible para el hombre en este mundo se da cuando este vive tranquilo en su estado con una esperanza reposada y segura de un porvenir mucho mejor, que por ser cierta —y por ser, el estado en el que vive, bueno—, no lo inquiete y no lo turbe con la impaciencia de gozar de este bellísimo futuro imaginado. Este divino estado lo he experimentado yo de los dieciséis a los diecisiete años durante algunos meses, a intervalos, cuando me encontraba calmadamente *ocupado* en los estudios, sin otras molestias y con la cierta y tranquila esperanza de un alegre porvenir. Y no lo experimentaré nunca más, porque ese tipo de esperanza, *la única que pueda hacer que el hombre esté contento con el presente*, no puede caer más que en un joven de esa edad o, al menos, de esa experiencia.

82

Yo estaba sumamente aburrido de la vida, al borde del estanque de mi jardín, y pensaba, mirando el agua e inclinándome sobre ella con cierto escalofrío: si me tirase, en cuan-

to saliera a flote, treparía a este borde y, esforzándome por salir tras haber temido perder esta vida, al regresar ileso, sentiría algún instante de alegría por haberme salvado, y un afecto por esta vida que ahora tanto desprecio, y que entonces me parecería más preciada. La tradición en torno al salto de Léucade² podría tener como fundamento una observación similar a esta.

84

Una prueba entre mil de cuánto influyen los sistemas puramente físicos en los intelectuales y metafísicos es la de Copérnico, que renueva enteramente en el pensador la idea de la naturaleza y del hombre —concebida por y natural en el antiguo sistema llamado tolemaico—, le revela una pluralidad de mundos, muestra al hombre como un ser no único —así como no son únicos la colocación, el movimiento y el destino de la tierra—, abre un inmenso campo de reflexiones —sobre la infinitud de las criaturas que, según todas las leyes de la analogía, deben habitar los demás globos en todo análogos al nuestro, y aquellos otros, aun aquellos que existen igualmente aunque no aparezcan alrededor de los otros soles, es decir, de las estrellas—, rebaja la idea del hombre y la sublima, descubre nuevos misterios de la creación, del destino de la naturaleza, de la esencia de las co-

2. Según el mito, Afrodita salta desde el acantilado de la isla griega de Léucade, que lleva su mismo nombre, para olvidar su desgraciado amor por Adonis; sale ilesa y por tanto se cura; no así la poetisa Safo, no correspondida por Faón, que pierde la vida tras el salto. Este salto de Léucade es protagonista en *Ultimo canto di Saffo* (canto n.º IX) compuesto por Leopardi en 1822. (*N. de la T.*)

sas, de nuestro ser, de la omnipotencia del creador, de los fines de lo creado, etc.³.

En mi sumo tedio y mi entero desaliento acerca de la vida, algunas veces, algo reconfortado y aligerado, me ponía a llorar por el destino humano y por la miseria del mundo. Y reflexionaba: yo lloro porque estoy más alegre. En esos momentos, la nada de las cosas me daba la fuerza para dolerme, mientras que, cuando más la sentía y más lleno de ella estaba, no me dejaba el vigor suficiente como para dolerme de ella.

85

Yo estaba asustado de encontrarme en medio de la nada, una nada yo mismo. Sentía que me ahogaba mientras consideraba y sentía que todo es nada, sólida nada.

105

Del mismo modo que en la esperanza, o en cualquier otra disposición de nuestra alma, el bien lejano siempre es mayor que el presente, así, por lo general, en el temor es más terrible el mal.

106-107

¿Cómo puede ser que la materia sienta y se duela y se desespere de su propia nulidad? Y este cierto y profundo sen-

3. Leopardi tenía la versión italiana (Florencia 1751) de la obra *Entretiens sur la pluralité des mondes*, de Fontanelle. (N. de la T.).

timiento (máxime en las almas grandes) de la vanidad e insuficiencia de todas las cosas que se miden con los sentidos, sentimiento no solo de raciocinio, sino verdadero y, por así decir, sensible y doloroso sentimiento, ¿cómo no va a ser una prueba material de que aquella sustancia que lo concibe y lo experimenta es de otra naturaleza? Si el sentir la nulidad de todas las cosas sensibles y materiales supone esencialmente la facultad de sentir y comprender objetos de naturaleza distinta y contraria, ¿cómo podrá dicha facultad estar en la materia? Nótese que yo aquí no hablo de algo que se concibe con la razón, porque de hecho *la razón es la facultad más material que existe en nosotros*, y sus operaciones materiales y matemáticas se podrían atribuir de alguna manera también a la materia; hablo de un sentimiento innato, propio del ánimo nuestro, que nos hace sentir la nulidad de las cosas independientemente de la razón, y por ello presumo que esta prueba tiene más fuerza al manifestar en parte la naturaleza de ese ánimo. *La naturaleza no es material como lo es la razón.*

107

La risa del hombre sensible y oprimido por una cruenta calamidad es signo de desesperación ya madura.

Me entregué enteramente a la alegría bárbara y furibunda de la desesperación⁴.

4. Leopardi había traducido en 1816 el verso de Virgilio «La salud para los vencidos es desesperar de la salud» (*Eneida* II, v. 54). (*N. de la T.*)

108-109

Observa cómo la debilidad es una cosa amabilísima en este mundo. Si ves a un niño que se te acerca con paso tambaleante y con cierto aire de impotencia, te enterneces ante esta visión y te enamoras de él. Si ves a una bella mujer enferma y frágil, o si eres testigo de algún esfuerzo inútil de cualquier mujer, a causa de la debilidad física de su sexo, te sentirás conmovido y serás capaz de postrarte ante esa debilidad y reconocerla como señora de ti mismo y de tu fuerza, y someterte y sacrificarte a ti mismo al amor y a la defensa de ella. Causa de este efecto es la compasión, la cual, afirmo, es la única cualidad y pasión humana que no tiene ninguna mezcla de amor propio. La única, porque el mismo sacrificio de uno por heroísmo, por la patria, por la virtud, por la persona amada, y así por cualquier otra acción heroica y desinteresada, y cualquier otro afecto, puro, siempre se hace porque, en esas ocasiones, nuestra mente encuentra ese sacrificio más satisfactorio que cualquier beneficio, y cualquier operación de nuestra alma tiene siempre su seguro e inevitable origen en el egoísmo, por mucho que este sea purificado y la operación parezca alejada de él.

Pero la compasión que nace en nuestra alma ante la visión de alguien que sufre es un milagro de la naturaleza que en ese momento nos hace experimentar un sentimiento totalmente independiente de nuestras ventajas o placeres y totalmente relativo a los demás, sin ninguna mezcla con nosotros mismos. Y por ello, precisamente, los hombres compasivos son tan raros y la piedad está considerada, especialmente en estos tiempos, como una de las cualidades más admirables y distintivas del hombre sensible y